

VITALINO VALCÁRCEL (ED.)

DIDÁCTICA DEL LATÍN

Actualización científico-pedagógica



EDICIONES CLÁSICAS
MADRID



COLEGIO DE DOCTORES
Y LICENCIADOS DE VIZCAYA

Primera edición 1995

© Vitalino Valcárcel (Ed.)
© EDICIONES CLÁSICAS, S.A.
Magnolias 9, bajo izda.
28029 Madrid

La edición de esta obra ha contado con la aportación económica del Colegio de Doctores y Licenciados de Vizcaya.

I.S.B.N.: 84-7882-163-5
Depósito Legal: M-37929-1995
Impreso en España

Imprime: EDICLÁS
Magnolias 9, bajo izda.
28029 Madrid
Encuadernación Cayetano
Mateo García 29. Madrid

ÍNDICE

Presentación	VII
I. Cuestiones de lingüística latina y pedagogía del latín	1
José Luis Moralejo Álvarez, «Pasiva latina y pasiva española: aspectos didácticos»	3
Eustaquio Sánchez Salor, «La lingüística moderna y la sintaxis oracional»	29
Marco A. Gutiérrez Galindo, «Algunas deficiencias estructurales en los métodos tradicionales de enseñanza del latín»	65
II. La traducción del latín	87
Vitalino Valcárcel, «La traducción del latín»	89
III. Para la interpretación y comentario de textos latinos	111
Gregorio Hinojo, «Comentario de textos históricos»	113
Bartolomé Segura, «El mito en la poesía latina»	125
J.M. Díaz de Bustamante, «Perspectivas metodológicas para la enseñanza del latín y de la Retórica clásica en el Bachillerato»	137
IV. Canon de autores y renovación de los textos	153
J. Eduardo López Pereira, «Textos y contextos para la enseñanza del latín en el Bachillerato»	155

M. Mayer, «La aplicación de la epigrafía a la Enseñanza Secundaria. Una encrucijada filológico-histórica»	171
M ^a Teresa Muñoz García de Iturrospe, «Por una integración de textos latinos vulgares, cristianos y medievales en el Bachillerato humanístico»	181
V. Latín y Euskera	193
Guadalupe Lopetegui, «La relación latín-euskera y su utilización en la enseñanza del latín»	195
Endrike Knörr, «La huella del latín en la lengua vasca»	213
VI. Literatura clásica y literatura vasca	227
Jon Kortazar, «La presencia de la literatura clásica en la tradición escrita vasca»	229
VII. Dos apoyos de actualidad para la enseñanza del latín	251
Enrique Montero Cartelle, «La novela histórica latina como instrumento pedagógico»	253
Pedro Luis Cano - José Martínez Gázquez, «Sobre textos clásicos y pintura: algunas observaciones»	269

PRESENTACIÓN

La LOGSE, en curso de implantación progresiva, comporta desgraciadamente una lamentable reducción de la presencia que el latín y el griego tenían en el curriculum escolar.

¿Cómo afrontar por los latinistas esta situación? La peor de las respuestas sería, sin duda, sucumbir al desánimo y no esforzarse en hacer ver los valores formativos y culturales que el estudio de las lenguas, las literaturas y la cultura clásica conllevan.

Ahora bien, en el contexto general de respuesta a este reto, un punto central es la mejora de la pedagogía en la enseñanza del latín, mejora que, si ha de ser siempre una constante, en estos momentos resulta una cuestión ineludible.

Buscando, pues, este objetivo y tratando de aportar nuestro granito de arena, como responsable de la coordinación de latín del C.O.U. en nuestro distrito, y con la colaboración del Colegio de Doctores y Licenciados de Vizcaya, hemos organizado estos últimos años tres Cursos de Actualización científico-pedagógica del profesorado de Latín de Bachillerato.

Fruto de esos cursos, que se celebraron en Bilbao y Vitoria, es la obra que ahora presentamos con la intención de que, al ser publicados, su posible utilidad se ponga al alcance de todos los interesados. Su contenido responde lógicamente al propósito y filosofía con que aquellos cursos fueron programados y a lo que su título anunciaba: una búsqueda de renovación pedagógica y didáctica que partiera a la vez del necesario y moderno anclaje científico.

Sin querer hacer ahora, en el marco de esta presentación, una apreciación detallada de cada trabajo ni adelantar las conclusiones que una

lectura atenta puede proporcionar, si deseamos explicitar alguna de las ideas motrices del conjunto de estos trabajos.

En general, y de un modo u otro, se preconiza y justifica aquí un planteamiento interdisciplinar en el cual la enseñanza del latín tienda los puentes necesarios con la lingüística general, con la literatura y la retórica, con la historia, con la mitología, con el arte, etc.

Y, claro está, todo ello en una perspectiva en que, además de lo general, el *hic et nunc*, el entorno más inmediato, tenga la cabida oportuna: de ahí, por ejemplo, la atención prestada a las relaciones latín-euskera y literatura clásica y vasca.

En varios de los trabajos se insiste también en la conveniencia de una renovación que en la selección de los textos queda aconsejada por una nueva sensibilidad histórica; una renovación que, manteniendo siempre como núcleo los autores clásicos, abra también las puertas a los autores cristianos, a los medievales, a los renacentistas, incluso a los textos epigráficos. En nuestra opinión sería un error por parte de los latinistas encasillarse sólo en el período clásico sin apreciar ni aprovechar las potencialidades de todo tipo que también ofrecen los otros períodos del latín.

Ojalá que los trabajos aquí reunidos contribuyan, pues, a la necesaria actualización que de algunos de los objetivos, de los contenidos y de los métodos los nuevos tiempos nos imponen en la enseñanza del latín.

Finalmente quiero dar las más sinceras gracias, en primer lugar, al Colegio de Doctores y Licenciados de Vizcaya, que en su conjunto y especialmente en las personas del Decano, E. Cadenas, y de la secretaria, E. San Millán, ha revelado una gran sensibilidad en el aprecio del humanismo clásico; sensibilidad que les llevó antes a patrocinar los cursos arriba citados y ahora a sufragar la coedición de las Actas; y, en segundo lugar, a P.J. Romero, inspector de Latín de Bachillerato, por la ayuda prestada en el desarrollo de los antedichos cursos.

VITALINO VALCÁRCEL

II

LA TRADUCCIÓN DEL LATÍN

LA TRADUCCIÓN DEL LATÍN

VITALINO VALCÁRCEL
U.P.V. - E.H.U.

La filología latina tiene por objeto el estudio, el conocimiento y el entendimiento cabal de los textos latinos para mediante ello llegar a la cultura que representan. Pues bien, la traducción constituye tanto el método más habitual de acercamiento a esos fines (traducción pedagógica) como uno de los momentos cumbre de todo ese proceso (traducción destinada a la publicación). Por ello tiene su importancia que los filólogos latinos prestemos atención a los problemas que la traducción conlleva.

Mi propósito en la presente ocasión es, pues, el de ofrecer algunas reflexiones sobre los problemas que plantea la traducción del latín. En ellas iré de lo general y teórico (concepto de traducción, ¿es posible la traducción?, etc.), a lo concreto y didáctico (la traducción del latín, fases en la operación de traducir, valor formativo de la traducción, etc.).

El tipo de traducción en que se mueve el filólogo latino es, naturalmente, el de la traducción interlingüística que tiene por objetivo «reproducir, mediante una equivalencia natural y exacta, el mensaje de la lengua original en la lengua receptora, primero en cuanto al sentido y luego en cuanto al estilo»¹.

¹ Esta es la definición de E.A. Nida - Ch.R. Taber (E.A. Nida - Ch.R. Taber,

En el proceso psicológico de la traducción pueden verse **dos fases**: la fase de la comprensión del texto original y la fase de la expresión de su contenido en la lengua receptora². En la primera fase el traductor trata de descubrir el contenido o significado del original mientras que en la segunda el traductor busca la forma (palabras, expresiones) de reformular en la lengua receptora el contenido, ya captado, del texto original. Al revés que en un enunciado espontáneo, en la traducción encontramos estas dos operaciones de forma consecutiva y no simultánea, pasando de lo semasiológico a lo onomasiológico, pues, como dice J. Delisle³, traducir consiste en disociar mentalmente las nociones de sus formas gráficas con el fin de asociar a aquellas nociones otros signos tomados de un sistema lingüístico diferente.

Ahora bien, el problema inicial y también fundamental de la traducción se nos aparece ya en la fase de la comprensión: **¿es alcanzable la comprensión total de un texto?** Es claro que la respuesta ha de ser negativa. En efecto, si ya en la comunicación oral sucede que la totalidad de lo que el hablante tiene en la cabeza cuando articula un enunciado es probablemente diferente a la totalidad que de ese enunciado recibe en su cabeza el oyente⁴, habrá que concluir que de igual modo, y con mayor motivo, la comprensión total de un mensaje escrito, de un texto, no puede ser total. Para que esto fuera posible se necesitaría un lector ideal, tal que se identificaría con el autor. Además, si la comprensión total fuera

La traducción. Teoría y práctica, trad. esp., Madrid 1986, p. 29). Definición que me parece aceptable, aunque quiero señalar que partir de ella no significa, evidentemente, asumir todos los postulados que acerca de la traducción defienden estos autores en la obra señalada. Para una crítica de su teoría de la traducción puede verse H. Meschonnic, «d'une linguistique de la traduction a la poétique de la traduction», en *Pour la Poétique*, II, 1973, p. 327 y ss.

² Casi todos los teóricos de la traducción se refieren de un modo u otro a la, por otra parte, natural y lógica distinción entre estas dos fases. Cf., sobre todo, V. García Yebra, *Teoría y Práctica de la Traducción*, t. I y II, Madrid 1982, p. 30 y ss.; id., *En torno a la traducción*, Madrid 1983, p. 239 y ss.; id., «Las dos fases de la traducción de textos clásicos latinos y griegos», *Cuadernos de traducción e interpretación*, n° 7, 1986, p. 8.

³ Cf. J. Delisle, *L'analyse du discours comme méthode de traduction*, Ottawa 1984, p. 40.

⁴ Cf. G. Mounin, *Los problemas teóricos de la traducción*, trad. esp., Madrid 1961, p. 119.

posible, sucedería que varios lectores de un texto entenderían exactamente lo mismo, cosa que sabemos no sucede.

Y es lógico que esto sea así pues, aun no cayendo en el maximalismo de considerar las lenguas como visiones del mundo totalmente irreductibles entre sí, tampoco podemos olvidar lo que ya Humboldt puso de relieve y hoy acepta la lingüística estructural, a saber, que «a cada lengua corresponde una organización particular de los datos de la experiencia de modo que aprender otra lengua no es poner nuevos rótulos a objetos conocidos sino acostumbrarse a analizar de otro modo aquello que constituye el objeto de comunicación lingüística», y que «una lengua es un instrumento de comunicación según el cual la experiencia humana se analiza de modo diferente en cada comunidad»⁵. En ello radica, pues, la primera barrera con que tropieza el traductor; barrera que será tanto más fuerte cuanto mayores sean las diferencias que medien entre las sociedades y culturas cuyos textos se traducen y aquella a cuya lengua son vertidos.

Pero, aun siendo esto así, los mayores escollos vienen en la fase de la expresión del contenido del texto a traducir. Por consiguiente, si antes nos preguntábamos si era posible la comprensión total del contenido de un texto, de igual modo **debemos preguntarnos si es posible el trasvase de aquel contenido**, al margen del grado de comprensión que del mismo hayamos podido alcanzar. G. Mounin, en la obra antes citada, dice que «la lingüística contemporánea ha discutido, indirectamente, tanto la legitimidad como la posibilidad de cualquier traducción»⁶, es decir, de cualquier trasvase de este tipo. Y es que, debemos recordarlo, la lingüística estructural ha sacado a la luz que las lenguas son sistemas cerrados de relaciones que conocen un orden propio; e igualmente ha demostrado que en cualquier nivel que nos situemos —fonológico, morfológico, sintáctico, léxico— nunca hay equivalencia total y verdadera entre una lengua y otra, y que las unidades de dos lenguas solo se recubren parcialmente. Esta es precisamente la posición en que se asienta y que ilustra el propio G. Mounin en la primera mitad de la obra que

⁵ A. Martinet, *Elementos de lingüística general*, trad. esp., Madrid 1970, pp. 19 y 28-29.

⁶ Cf. G. Mounin, *op.cit.*, p. 57.

acabo de citar. De ahí a concluir que la intraducibilidad será la regla y el éxito de la traducción la excepción no habrá más que un paso que muchos, en efecto, han dado.

Sin embargo, R. Jakobson⁷ y el propio G. Mounin⁸ en la segunda mitad de su citada obra fundamentan lingüísticamente las posibilidades de la traducción, por lo menos hasta un cierto grado de fidelidad. El *quid* de la cuestión radica en que las posiciones estructuralistas, antes mencionadas, prueban que es imposible lograr equivalentes exactos de las unidades básicas de una lengua en otra (fonemas, monemas, rasgos de sintaxis), pero no prueban que sea imposible lograr equivalentes exactos entre enunciados o mensajes. Ahora bien, traducir consiste en expresar no signos sino conceptos e ideas, sustituyendo mensajes por mensajes enteros, no por unidades menores del código lingüístico o, para decirlo según Coseriu, solo se traducen «textos», es decir, contenidos inter-idiomáticos⁹. La traducción así entendida supondrá, pues, dos mensajes equivalentes en dos códigos diferentes. Y, además, como nos recuerda el mismo G. Mounin, «los traductores existen, producen y uno se sirve útilmente de sus traducciones»¹⁰. Pero, aun admitiendo y compartiendo esta doctrina, debemos al mismo tiempo dejar bien claro que, cualquiera que sea su calidad, una traducción supone siempre tan solo un logro relativo y que no es fácil que haya una equivalencia absoluta entre un texto original y su traducción; por lo general solamente hay equivalencias relativas y funcionales. Por eso se ha dicho que traducir es elegir entre qué se coge y qué se deja (porque todo no se puede coger) del texto original.

Evidentemente la traducción se desarrolla en medio de muchos problemas, alguno de los cuales vamos a tocar más de cerca y en cuanto hace a los **textos latinos**.

⁷ Cf. R. Jakobson, «En torno a los aspectos lingüísticos de la traducción», en *Ensayos de lingüística general*, trad. esp., Barcelona 1975, p. 67-77.

⁸ Cf. G. Mounin, *op.cit.*, partes 4ª, 5ª y 6ª de su obra.

⁹ Cf. E. Coseriu, «Lo erróneo y lo acertado en la teoría de la traducción», en *El hombre y su lenguaje*, Madrid, reed. 1985, p. 219. Este autor realiza aquí un interesante estudio que aclara algunos de los problemas lingüísticos de la traducción arriba tocados.

¹⁰ Cf. G. Mounin, *op.cit.*, p. 22.

En primer lugar vamos a referirnos a la traducción habitual en la clase de latín, a la **traducción escolar o didáctica**, cuya finalidad, sobre todo en los niveles primeros, es más el aprendizaje del latín y el acercamiento a la cultura latina que el trasvase a otra lengua de los mensajes de los textos. ¿Cuál es el proceso de esta traducción?. En este tipo de traducción se practica más a las claras, más explícita y repetitivamente, el mecanismo propio de toda traducción, que implica, en primer lugar una lectura lenta y reposada del texto a traducir. Esta lectura debería abarcar la totalidad del texto objeto de traducción pues es necesario poseer la referencia general enunciativa en la que se integrarán los enunciados particulares. Si se hace así, servirá además para darse cuenta de la clase de texto (por ej., del género literario) que se tiene ante los ojos. En esta atenta lectura se descubrirán, además, las palabras clave en cuanto a la significación, las marcas sintácticas (conjunciones) que articulan el discurso, etc. Y en ella es posible que el alumno-traductor, a poco que conozca algunos elementos de la cultura y civilización romanas, descubra que el texto ofrece algún indicio valioso acerca de su contenido. Es muy fácil, sin embargo, que en la práctica el alumno-traductor realice esta lectura total ya al final del capítulo o párrafo que traduce, integrando y reajustando al fin las lecturas y traducciones parciales de unidades menores que el conjunto.

A esta lectura inicial seguirá el examen lingüístico del texto, integrado por un análisis léxico, un análisis morfosintáctico y un análisis contextual o pragmático.

En el primero, el análisis léxico, el alumno-traductor asignará a las palabras, tomadas de forma aislada, uno o varios significados virtuales, que vendrán a su mente de forma más o menos intuitiva, en relación con sus conocimientos anteriores, o después de una primera lectura de sus significados en el diccionario.

El análisis léxico al que nos referimos es posible que sea a la vez léxico-morfológico pues, siendo como es el latín una lengua flexiva, ya en este estadio el alumno-traductor tendrá que acudir en muchas ocasiones a la morfología para individualizar la palabra latina; ello le permitirá averiguar qué significa, por ej., *conatus*, part. pasado de *conor*, que puede no encontrar en el diccionario al uso o evitar la dificultad de los alógrafos (*tanto opere / tantopere; ius iurandum / iusiurandum, incoeptus / inceptus*, etc.).

En el análisis morfosintáctico, más complejo que el anterior, se tratará de ver, en virtud de los indicios gramaticales (desinencias), la red de relaciones lógicas y abstractas que unen las palabras de las frases; es decir, la función gramatical de cada palabra en el texto.

Fruto de estos primeros análisis será una traducción-base, que no estará exenta de contrasentidos, falsos sentidos y no-sentidos, y que seguramente hará violencia a la lengua receptora, resultando como una especie de jerga, a medias latín a medias castellano. Pero esta mixtura inaceptable, este rodeo inevitable, si se le enfoca bien, puede ser muy fructífero. A poco que nos fijemos, podremos ver que este proceder comporta un aspecto positivamente provocador. Al tratarse de hablantes nativos de la lengua a la que se traduce, el riesgo de interferencias con la lengua fuente es muy bajo; y, por el contrario, estas pequeñas violaciones lingüísticas constituyen una ocasión excelente para que el estudiante-traductor objetive la lengua materna y tome una conciencia más clara de ella, y, por tanto, y paradójicamente, afine los recursos expresivos personales en su propia lengua, desarrollando, entre otras cosas, un principio de resistencia a las interferencias lingüísticas de lenguas extranjeras. Por añadidura esto puede servir de ocasión para que el alumno sea iniciado en una especie de lingüística contrastiva, en que se le hagan ver las analogías y las diferencias entre ambas lenguas (latín y lengua receptora), lo que repercutirá en un mejor conocimiento y dominio de la lengua propia.

La provisionalidad de esta traducción-base se tratará de remediar en el tercer análisis, el contextual o pragmático. En éste se atenderá a precisar el sentido de las palabras en virtud del contexto lingüístico y referencial que supone el enunciado concreto del texto que se quiere traducir. Atendiendo a este contexto, se abandona la generalidad de significación que conllevan las palabras, si éstas se toman de forma aislada y en el amplio marco de los códigos lingüísticos de la lengua original y de la lengua receptora. Y así, al ganar en la comprensión del contenido del texto, se concreta el sentido real de las palabras y se elimina su polisemia. Este análisis contextual y pragmático es casi siempre necesario y muchas veces el más definitivo y aclarador del sentido real de los términos y de las frases (piénsese, por ej., en la traducción de una frase como *homi-*

nes amaverunt mulieres, en la que sólo el contexto podrá decirnos cuál es el sujeto y cuál el complemento de objeto directo).

Ni que decir tiene que estos análisis, que nosotros, por razones metodológicas, exponemos como fases diferentes, no significan necesariamente otros tantos pasos distintos y sucesivos sino que pueden superponerse y ser concomitantes, o pueden no aflorar en la conciencia, dependiendo de la dificultad del texto y del nivel de conocimientos que tenga el traductor.

Veamos a continuación un rápido ejemplo ilustrador de cómo un alumno-traductor puede aplicar estos criterios cuando se enfrenta a un texto como el siguiente, el párrafo con que T. Livio abre el libro XXII de su *Ab Urbe Condita: Iam ver adpetebat; itaque Hannibal ex hibernis movit, et nequiquam ante conatus transcendere Appenninum intolerandis frigoribus et cum ingenti periculo moratus ac metu*.

En el examen de ese proceso no partiremos solo ni principalmente de traducciones posibles, imaginadas, sino también y fundamentalmente de las traducciones reales que ha llevado a cabo una pequeña muestra de alumnos del C.O.U.¹¹ En el análisis de estas traducciones nos fijaremos no solo en cómo aciertan sino también en cómo y por qué se equivocan, pues la lógica de las faltas puede ser a este respecto tanto o más esclarecedora del proceso mental de la traducción que la lógica de los aciertos.

Suponemos que el alumno-traductor conoce de modo aceptable la morfología y lo básico de la sintaxis latina, además de algo del vocabulario latino.

La primera frase del texto, por su simplicidad, no le ofrece ningún problema y, después de la probable consulta en el diccionario de los significados de *ver* y *adpetere*, la traducción se le ofrece clara: ya se acercaba la primavera. Y es muy probable que las fases y análisis a que nos referíamos atrás hayan sido concomitantes y rápidos.

La segunda frase es también simple, y no supone dificultades de morfología o de sintaxis. En cuanto al léxico, si el alumno no está familiarizado con historiadores como César o Salustio (Yugurta),

¹¹ La muestra ha sido de 17 alumnos del C.O.U. español, en el primer trimestre de su tercer año de latín, es decir, con dos cursos de 3 horas semanales (en el País Vasco) y un trimestre más.

puede ofrecer alguna duda el término *hibernis*: ¿es el abl. plural de *hiberna-orum* ('cuarteles de invierno') o de *hibernum-i* ('tempestad, invierno')? Los contextos lingüístico y referencial lo sacarán fácilmente de la posible duda pues, de un lado, observará que al lado de *hibernis* se encuentra un verbo de movimiento (*movit*), con lo que *ex hibernis* será un complemento de lugar *ex quo*, y, de otro lado, lo que el texto le está diciendo es que el general cartaginés, Aníbal, al llegar la primavera, se pone en movimiento con su ejército y sale, lógicamente, de los cuarteles de invierno. *Hibernis* será, pues, de *hiberna-orum*, y la traducción de la frase: «y así Aníbal salió de los cuarteles de invierno».

En realidad los problemas se presentan en las dos oraciones siguientes. Al contrario que en los dos casos anteriores, el alumno se encuentra ahora con una estructura sintáctica más compleja, en la que, para empezar, no ve ningún verbo en forma personal ni ningún nominativo sujeto. Además en el nivel en que nos movemos hay que pensar que el alumno desconoce o tiene un conocimiento inseguro de varias palabras: *conatus*, *moratus*, *neququam*, y tal vez más. Comenzará entonces su búsqueda en el diccionario, reclamando una ayuda que le permita reconocer a la vez la naturaleza gramatical y el significado de aquellas palabras. Inicia, pues, un análisis que será simultáneamente léxico, morfológico y sintáctico, aunque este último tendrá un segundo momento más específico; y, según avance el análisis, las dudas se irán despejando en una aclaración recíproca.

Pensamos que con un esfuerzo no demasiado grande el alumno habrá solucionado el análisis léxico y morfológico de casi todos los términos; de todos, menos de dos: *conatus* y *moratus*, que, obviamente y para desgracia suya, como formas verbales que son, constituyen la clave de estas frases y cuya solución condiciona el correcto análisis sintáctico de los términos *ante* y *transcendere*, gramaticalmente vinculados a *conatus*. ¿Qué sucede entonces con la palabra *conatus*? En los niveles léxico y morfológico sucede que cuando el alumno acude al diccionario por ellos habitualmente manejado encuentra una única entrada: *conatus*, -us = 'esfuerzo, empeño, tentativa'¹². Y, partiendo de esta solución, ve en *conatus* un

¹² Así el *Diccionario ilustrado latino-español español-latino*, Spes-Vox, sin duda el más manejado por los estudiantes españoles en el nivel del Bachillerato; el

acusativo plural, regido de *ante*, que entonces y de forma incorrecta, interpreta como preposición. Al mismo tiempo analiza *transcendere* como complemento del supuesto sustantivo *conatus*, atribuyéndole inconscientemente la falsa equivalencia de la construcción gerundial en acusativo con *ad* (*ad Appenninum transcendendum*) o genitivo (*conatus Appennini transcendendi*). Análisis que le lleva a traducciones como éstas: «y ante el vano intento de atravesar los Apeninos.../ y ante la inútil tentativa de atravesar los Apeninos.../ y ante el intento, en vano, de atravesar los Apeninos». Claro está que en esta ocasión le está fallando al alumno-traductor un conocimiento de la sintaxis latina adecuado a las exigencias del texto¹³ y le ha fallado también su instrumento de ayuda, el diccionario. Si el alumno hubiera sabido que el infinitivo latino no puede desarrollar la función de complemento de un nombre como *conatus* o el diccionario le hubiera indicado la posibilidad de que esta palabra fuera el part. p. de *conor*, entonces podría haber visto más fácil la solución acertada. Y sin duda ayudan igualmente al despiste el que *conatus* fuera el participio de un verbo poco conocido en el nivel en que nos estamos moviendo¹⁴ y, además, el que esa forma pertenezca a un verbo deponente con la consabida particularidad, muchas veces despistante, de su valor activo.

En cuanto a *moratus*, partimos de que también el alumno acude al diccionario para asegurar su análisis léxico y morfológico. Ahora con más suerte, pues aquel registra esta forma con sus dos posibles entradas: 1 *mōratus*, a, um = pp. de *mōror* = 'detenerse', y 2 *mōratus*, a, um = adj. (de *mōs*, 'costumbre') = 'que tiene tal o cual

Diccionario básico latino-español español-latino de E. Echauri Martínez, y el de P. Múgica, *Diccionario manual latino-español y español-latino*. Tampoco el *Diccionario etimológico latino-español* de S. Segura Munguía registra con entrada propia el part. p. de *conor*, aunque su indicación de la etimología del sustantivo *conatus-us* (*conor*) da una pista al alumno que se pregunta por el *conatus* part. p. Curiosamente sí registran *conatus*, part. p. de *conor*, R. de Miguel, *Nuevo diccionario latino-español etimológico*, y A. Blánquez, *Diccionario latino-español*, obras ciertamente de mayor amplitud y destinadas a un público con mayores conocimientos del latín.

¹³ Pero no decimos que sea esperable tenerlo con solo dos cursos y un trimestre de latín. Cf. nota 11.

¹⁴ Si se partiera del conocimiento previo del verbo *conor*, es de suponer que ante las dificultades ofrecidas por el *conatus* sustantivo, el alumno-traductor no tardaría en llegar al análisis correcto.

costumbre'. Desechada pronto la segunda posibilidad, y ello tanto de forma más o menos intuitiva como en razón al contexto lingüístico y referencial hasta entonces descubierto, le queda decidir a su vez entre los dos *moror* que el diccionario le ofrece: 1 *mōror, atusum* (dep., intr. = 'detenerse, entretenerse') y 2 *mōror* — (del gr. *mōrós*) = 'estar loco'; decisión que le será fácil en favor del primero si, en primer lugar, se fija en que el propio diccionario le indica que este segundo verbo carece de participio y, en segundo lugar, y una vez más, por el contexto lingüístico y referencial: el de detenerse es, en efecto, el significado que cuadra con el entorno léxico (*nequiquam ante conatus transcendere Appenninum intolerandis frigus et cum ingenti periculo moratus ac metu*), siendo capaz de crear una frase con sentido, explicándonos la anterior situación de Aníbal tras los fracasados intentos de atravesar los Apeninos.

Pero acertar en el análisis morfosintáctico de *moratus* le resulta difícil si parte del análisis equivocado de *conatus* que veíamos atrás. En este caso, al no percatarse de que ambas formas son participios concertados con el sujeto de la oración anterior (*Hannibal ex hibernis movit*), y creyendo necesitar un verbo en forma personal coordinado con ese *movit*, el alumno-traductor interpreta *moratus* como forma de perfecto con la elipsis de *est* (se detuvo), pudiendo desplazar también la correlación *et...et* a *et...ac* (no sólo con peligro sino con miedo). Y por estos caminos llega a traducciones como ésta: «ya se acercaba la primavera; y así Aníbal se trasladó de los cuarteles de invierno, y ante la empresa de atravesar en vano los montes Apeninos con un intolerable frío se detuvo¹⁵ no sólo con gran peligro sino también con miedo».

Por otra parte el examen contextual y pragmático que el alumno-traductor pueda realizar en esta ocasión lo dejará tranquilo pues la traducción a la que ha llegado aparenta tener sentido: Aníbal, al acercarse la primavera, sale de los cuarteles de invierno, pero ante el vano intento de atravesar los Apeninos con intolerables fríos (todavía), se detuvo con gran peligro y con miedo. Sólo que no es eso exactamente lo que dice T. Livio sino que: «ya se acercaba la primavera; por ello Aníbal salió de los cuarteles de invierno no solo habiendo intentado antes en vano, a causa de los irresisti-

¹⁵ Otros traducen «se entretuvo», «aguardó».

bles fríos, atravesar los Apeninos sino también habiendo estado detenido en medio de grandes peligros y con miedo».

En este caso la escasa aportación del análisis contextual y referencial puede entenderse por la brevedad del pasaje y por los escasos conocimientos que sobre los hechos históricos a que el texto se refiere puede tener el alumno (quien, eso sí, habrá oído hablar de Aníbal y de su campaña y posiblemente también de T. Livio).

A la hora de explicar el proceso de la traducción hemos hablado, naturalmente, del análisis pero también hemos mencionado alguna vez la intuición. Queremos añadir aquí unas pocas palabras más sobre esta cuestión. A. Clause defiende que lo que primero surge en la mente del alumno a raíz de la lectura del texto no es un análisis de la frase latina llevado a sus átomos lógicos sino una intuición de la razón, entendiendo que el alumno, a partir de aquella lectura, retiene una o varias palabras comprendidas de un modo aproximado y con esos elementos construye una frase en la lengua receptora que ofrece un sentido solo pasable, de acuerdo a una lógica solo superficial. Y añade que esto, que sería el comportamiento general, «permite concluir que la comprensión completa y perfecta de una frase latina no se obtiene por una síntesis de resultados que proporciona un (previo) examen analítico de los hechos lingüísticos sino más bien por una rectificación progresiva, y cada vez más minuciosa, de aquel primer concepto apriorístico (derivado de la primera lectura) y que tiene tendencia a desarrollarse de forma independiente» (del análisis lingüístico)¹⁶.

Creemos que este juicio de A. Clause concede una excesiva importancia a la intervención de la intuición a la hora de traducir. Esa intervención dependerá en cualquier caso del grado de dificultad relativa, es decir, en relación al traductor, que tenga el texto objeto de traducción. En nuestra opinión sería más ajustado decir que en el proceso de la traducción lo que se da es un juego, un ir y venir, de un lado, entre el análisis y la síntesis y, de otro, entre el análisis y la intuición.

¹⁶ Cf. A. Clause, «Analyse ou syncretisme dans la compréhension d'une texte latin», *Archives belges des sciences de l'Education*, parte 1ª, t.III, 1936, p. 187 y ss.

¿Cuáles son las **principales dificultades** que, en general el alumno-traductor, y el traductor sin más, encuentra a la hora de enfrentarse a los **textos latinos**?

Por lo que hace a la comprensión del contenido del texto veíamos antes las dificultades generales, inherentes al hecho de traducir sea de la lengua que sea. Pues bien, lo característico de los textos latinos se puede resumir diciendo que en ellos se acrecientan aquellas dificultades generales. Y esto se explica porque la traducción, según dijimos, no es solo un hecho lingüístico sino una operación sobre hechos ligados a un contexto cultural¹⁷. Y porque esto es así, la apropiación espiritual de los textos latinos (y griegos) es en principio más problemática que la de las lenguas y culturas modernas al ser el contexto cultural y situacional de aquellos muy diferente al nuestro a causa de la gran distancia temporal: objetos del mundo material, instituciones sociales, ideas y creencias han cambiado. Sólo estudios específicos nos permiten comprender, por ej., el verdadero significado de muchos términos del léxico político tan estrechamente vinculado a la realidad social e histórica que los hizo surgir. Y no es fácil captar *prima facie* qué significan palabras como *dux*, *potentia* o *dominatio* —y tantas otras— que Tácito utiliza en sus *Anales*, enmarcadas en un contexto muy concreto y con unas connotaciones muy precisas¹⁸. En términos de traducción se puede decir que el mundo de los textos latinos y el mundo de las modernas lenguas de llegada son dos mundos muy diferentes y alejados. Por ello es normal que cuando se trata de textos tan antiguos como los de la cultura clásica latina nos falten muchos de los complementos cognitivos que facilitan la comprensión del mensaje. Por esta razón en bastantes ocasiones, incluso aunque se logre una correcta traducción lingüística, el traductor, y más el alumno-traductor, puede no comprender el contenido del texto ya que desconoce o no conoce bien a qué se refieren esos textos y por ello ignora lo que éstos sobreentienden. Como, por ej., en el texto de T. Livio antes visto se sobreentiende el conocimiento que el lector romano tenía de que

¹⁷ Cf. G. Mounin, *op.cit.*, p. 269.

¹⁸ Sobre las dificultades de traducción del léxico político, cf. G. Hinojo - I. Moreno, «Las dificultades de la traducción de un texto historiográfico latino clásico (Ann. I, 1-2)», *Studia Zamorensia philologica*, VI, 1985, págs. 51-67.

tradicionalmente (hasta la época de César) durante la estación invernal se suspendían las operaciones bélicas y las tropas se mantenían en los cuarteles de invierno (*hiberna*), lo cual explica el valor ilativo-consecutivo del *itaque* que une y conecta los hechos afirmados en las dos oraciones: que se acercaba la primavera y por ello Aníbal se puso en movimiento (*iam ver adpetebat* → *Hannibal ex hibernis movit*).

De otro lado los textos a los que el alumno se enfrenta habitualmente en la clase de latín son textos literarios, lo cual añade otras dificultades pues en aras del logro artístico el autor utiliza múltiples recursos retóricos con lo que la propia barrera lingüística se complica. Para el alumno-traductor el período latino, tan frecuentemente lleno de rupturas que se encadenan y se entrecruzan en espera de la solución final, muchas veces supondrá una especie de galimatías en el que le resulte difícil ver las conexiones orgánicas de las palabras; y así lo artificioso de la expresión dificulta más la percepción del contenido, el cual, por otra parte y gracias al juego de las connotaciones y asociaciones de las palabras, es rico en evocaciones que también forman parte del mensaje, pero cuya aprehensión resulta difícil al no estar explícitamente formulada. Es ésta una dificultad pedagógica que nos impone la propia naturaleza de los textos objeto de estudio y traducción.

Y esta misma circunstancia hace que también la expresión en la lengua receptora del contenido (ya supuestamente aprehendido) de estos textos literarios no sea fácil porque parte de la sobrecarga estética se pierde irremediamente como la que nace del antes mencionado juego de las connotaciones y asociaciones de palabras latinas que forzosamente han de cambiar. ¿Cómo recoger los juegos de palabras de los que, por ej., el teatro de Plauto está lleno? Apenas abierto el *Miles Gloriosus*, encontramos *ut ubi usus veniat, contra conserta manu praestringat* (sc. el escudo de Pyrgopolinices) *oculorum aciem in acie hostibus*, donde el comediógrafo latino juega con el doble sentido de *acies* como 'formación militar' y como 'mirada', juego que se pierde en la traducción porque solo el latín ofrece esta doble significación en la misma palabra. Se comprende bien, pues, que en las traducciones de estos textos sean frecuentes las notas que reconocen la impotencia cuando señalan: juego de palabras intraducible en nuestro idioma. Y también las anáforas, hendíadis y

otras figuras retóricas con que están jalonados los textos latinos ofrecen por supuesto dificultad de traducción. Por su parte el intento de recoger en la traducción la sobrecarga estética, exigirá del traductor no solo la necesaria preparación filológica sino también una cierta competencia y sensibilidad literarias, condiciones ambas que no siempre van unidas.

Abundando en el examen de la traducción didáctica, se nos plantea una cuestión que ha interesado también tanto a los traductores como a los modernos teóricos de la traducción¹⁹: ¿cuál es la **unidad mínima** de texto que debe abarcar el traductor? De lo dicho atrás se deduce, primero, que esa unidad mínima será aquella que tenga un sentido, una idea (traducir es trasvasar conceptos y mensajes); y, segundo, dado el valor contextual de las palabras, éstas deben interpretarse en un contexto suficiente, ya sea el micro-contexto de la frase o del período ya sea el macrocontexto de la obra. Debemos inculcar en los alumnos este principio.

Otra cuestión nuclear, tan vieja como la traducción misma²⁰, y en la práctica muchas veces planteada ya por los propios alumnos, es la relativa a la **literalidad** o **libertad** de la traducción. En la traducción pedagógica, donde lo más importante es el aprendizaje de la lengua fuente, el latín, pueden tener un sentido tanto la traducción palabra por palabra como la traducción que algunos designan con el ambiguo término de literal²¹. Ambas se caracterizan porque en su intento de trasvasar la forma del texto original tienden a reproducir las unidades gramaticales de origen por otras de la lengua de llegada que ofrezcan similares características formales (nombre por nombre, verbo por verbo, etc.) y a conservar intactas todas las frases y oraciones²². La traducción palabra por palabra, que lleva aquel intento a un grado extremo, sólo será posible en raras ocasiones, abocando la mayoría de las veces a un calco de las

¹⁹ Cf. L.G. Kelly, *The true interpreter*, Bristol 1979, p. 120 y ss.

²⁰ Ya en las primeras reflexiones sobre la traducción (Cicerón, San Jerónimo) se incide en la cuestión de si la traducción ha de hacerse *verbum e verbo* o *sensum e sensu*. Cf. n. 27.

²¹ Para los distintos valores del término «literal» aplicado a la traducción, cfr. V. García Yebra, *Teoría y práctica...*, p. 327-329.

²² Cf. E.A. Nida, *Towards a science of translating, with special reference to principles and procedures involved in Bible translating*, Leiden 1964, p. 165.

estructuras de la lengua de partida que contraviene a las claras las estructuras de la lengua de llegada. Más practicable y admisible será, en cambio, la traducción literal pues, no yendo tan lejos en el intento de reproducir la forma original, introduce los cambios que exige la gramática de la lengua receptora para que el texto resultante sea correcto. Ambas traducciones ayudan ciertamente a que el alumno perciba la construcción gramatical del texto latino. Pero es importante que este alumno, aprendiz de traductor, sea corregido en su tendencia natural al cómodo servilismo respecto a la lengua de partida y sea puesto sobre el aviso de que el tipo de traducción palabra por palabra obedece a una finalidad pasajera, no pudiendo constituirse nunca en filosofía de la traducción. La traducción, en efecto, lo que tiene que buscar es la mayor proximidad posible al sentido y en cuanto esta prioridad lo permita la mayor proximidad al estilo. Con todo la traducción que hemos designado literal ha tenido como ideal de traducción muchos defensores a lo largo de la historia (como, por ej. y por recordar solo dos casos muy sobresalientes, el humanista francés J. Amyot, autor de la célebre traducción al francés de las *Vidas Paralelas* de Plutarco o el crítico Fr. Schleiermacher, entre otros²³), aunque en la actualidad prevalece como ideal de traducción el concepto de traducción libre, aquella que se atiene al sentido del original, pero que en la forma de expresarlo se aparta de él en mayor o menor grado sin preocuparse por el paralelismo entre las palabras del original y las de la traducción. En la práctica, sin embargo, se impone casi siempre un compromiso entre traducción literal y traducción libre, compromiso que tiene mucho que ver con la opinión y el gusto personal del traductor.

Un aspecto concreto de esa antinomia de libertad/literalidad es el de la correlación del **orden de palabras** entre el texto fuente y la traducción. Es claro que el orden de palabras en latín es mucho menos rígido que en castellano (y por ello mismo los escritores gozaban en esto de amplias posibilidades para el estilo personal) y, de otro lado, es igualmente claro que los rasgos propios del estilo o del

²³ Parte de la introducción de J. Amyot puede verse, traducida, en M.A. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid 1994, p. 42 y pp. 130-131. Para Fr. Schleiermacher, cf. V. García Yebra, «Friedrich Schleiermacher: Sobre los diferentes métodos de traducir», *Filología Moderna*, nos. 63-64, 1978, pp. 343-394.

orden «normal» del latín²⁴ no son fáciles ni aun posibles de mantener en muchos casos; de modo que con frecuencia es un empeño inútil el querer conservar en el texto de la traducción castellana el orden de palabras de la frase latina.

A título de ejemplo, podemos recordar una vez más el texto de T. Livio, antes examinado. Salvo la primera frase, que es sumamente simple y por ello permite una traducción con correspondencia en el orden de palabras, en las restantes el mantenimiento de esa correspondencia nos llevaría al siguiente texto castellano: «ya la primavera se acercaba; y así Aníbal de los cuarteles de invierno salió, no sólo en vano antes habiendo intentado atravesar los Apeninos a causa de los intolerables fríos sino también con gran peligro habiéndose detenido y con miedo». El texto se puede entender pero contiene una prosa castellana extraña que no invitaría a la lectura de textos largos de este tenor. Eso sí, el reordenamiento que impone un castellano más normal implica la pérdida del valor estilístico que en el texto latino se logra con el adelantamiento del adverbio *nequiquam* y de su contigüidad con *ante*, y que lleva a un reforzamiento de la idea del fracaso anterior de Aníbal en su intento de atravesar los Apeninos.

Podríamos concluir este punto diciendo que, a pesar de todas las dificultades, como aspiración, podría ser válida la recomendación de V. García Yebra: «si no hay nada que lo impida o que aconseje convincentemente lo contrario el traductor debe atenerse al orden de los elementos del original»²⁵.

Por su parte, la traducción destinada a la publicación, a la vez que comparte los problemas generales hasta ahora comentados, merece también algunas consideraciones específicas sobre cuestiones o dificultades que en ella se hacen notar más. En realidad bajo la genérica designación de traducciones destinadas a la

²⁴ Rasgos que L. Rubio formula así: normalmente el sujeto encabeza la oración y el predicado la cierra; el elemento determinante precede normalmente al determinado: *quodam modo, tanto opere, verbi gratia*, etc.; las preposiciones preceden al sustantivo que rigen y las conjunciones preceden a los términos que enlazan. Cf. L. Rubio, *Introducción a la sintaxis estructural del latín*, vol. II, Madrid 1976, (cap. sobre el orden de palabras).

²⁵ Cf. V. García Yebra, *Teoría y práctica...*, p. 427.

publicación se enmarca un abanico bastante amplio en que, según las finalidades perseguidas y los públicos contemplados, caben distintos tipos de traducción. Así (y dejando a un lado las traducciones yuxta o interlineales) se puede hablar de una traducción filológica, pensada para los especialistas, la cual busca la exactitud y se pega bastante al texto; la traducción que pretende la divulgación de la obra latina entre el público culto en general y que opera con algo más de libertad; y la traducción artística o especialmente literaria. Estas traducciones, y en especial las dos últimas, tienen algunas características comunes, ajenas a la traducción didáctica.

Obviamente, al revés que en la traducción pedagógica o escolar, la traducción destinada a la publicación no tiene como finalidad la de ayudar al aprendizaje de una lengua sino la de ser un acto de comunicación mediante el cual el filólogo latino se propone llevar hasta un cierto público lector el mensaje de una obra latina, «reemplazando», como dice J. Delisle, «la totalidad de un enunciado por otro enunciado que ofrece las mismas características de adecuación a la totalidad de la situación»²⁶. Por ello, frente a la traducción didáctica (más ligada al mensaje original y a su forma) la destinada a la publicación está más orientada al lector, al receptor del mensaje. Este hecho plantea exigencias como la de huir de un lenguaje neutro y lleno de clichés para lograr un texto vivo, con formas lingüísticas en circulación e inteligibles. Y, por otra parte, a esto se une, como ideal, la preocupación por reflejar el estilo, la «manera» en que está escrito el texto, puesto que en los textos literarios la personalidad e individualidad del autor es algo omnipresente de forma directa o indirecta. Este ideal, que explicitó ya el propio Cicerón²⁷ y que a lo largo de la historia de la traducción ha sido sentido y re-

²⁶ Cf. J. Delisle, *op.cit.*, p. 42.

²⁷ Cicerón tradujo del griego sendos discursos de Esquines (*Contra Ctesifonte*) y Demóstenes (*Sobre la corona*). La traducción se ha perdido, pero se conserva el prólogo que Cicerón antepuso a la traducción y que nos es conocido con el título «De optimo genere oratorum». En él Cicerón dice: *converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes, inter sese contrarias, Aeschini et Demosthenis; nec converti ut interpres, sed ut orator, sententiis iisdem et earum formis tam quam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non pro verbo verbum necesse habui reddere, sed genus omnium verborum vimque servavi. Non enim me ea adnumerare lectori putavi oportere sed tamquam adpendere*. Texto según la edición de A. Yon, Ciceron, *Du meilleur genre d'orateurs*, Paris 1964, p. 114.

clamado por muchos traductores y críticos, lo dejó expresado P.D. Huet en un doble e imaginativo símil en que hace al traductor un nuevo Proteo o un camaleón: *Proteo denique similis fiat interpres, seseque in omnia rerum miracula convertat et obiectos colores omnes, chamaleonte ipso mutabilior, transferat in se ac combibat*²⁸.

Pero ideal difícil en verdad porque, entre otras cosas, el estilo es, como dice J. Marouzeau, el efecto de procedimientos habitualmente inconscientes o al menos inanalizados y por ello tanto más difícil de pasar de una lengua a otra²⁹. Por todo ello la traducción destinada a la publicación, y máxime si aspira a ser literaria o artística, exige las cualidades no solo del filólogo sino también del escritor como son el sentido del público, sensibilidad literaria y sentido de la lengua. Pero incluso al traductor así dotado le resultará muchas veces imposible tal tarea. ¿Será posible pasar a una traducción castellana el conjunto de rasgos (arcaísmos, neologismos, poetismos, elipsis, variaciones, etc.) que caracterizan el estilo de Tácito? Recordemos una vez más que el traductor no puede romper o deformar las estructuras formales de su propia lengua para aproximarse más a las del original.

De otro lado, y debido a que la posibilidad de corrección no existe y la de glosas, paráfrasis, aclaraciones y comentario son evidentemente menores que en la traducción didáctica (se puede hablar de su carácter cerrado), en la traducción destinada a la publicación se multiplican las dificultades de trasvase del valor de cierto léxico y de las mencionadas significaciones connotativas y asociativas que en la traducción didáctica se podían comentar, explicar, etc.

Los problemas con que tropieza la traducción se dan en un grado sumo al traducir *poesía* porque de un lado, y especialmente en la *poesía lírica*, el mensaje es más difícil de asir por ser más personal y subjetivo y, de otro, la *poesía* supone también una mayor imbricación entre el fondo y la forma. Como es sabido, Mallarmé decía, no sin exageración por lo demás, que la *poesía* está hecha con palabras más que con ideas y pensamientos; y entonces, si al traducir prescindimos de las palabras originales, ¿qué queda del poema?

²⁸ Tomado de F.M. Rener, *Interpretatio. Language and translatio from Cicero to Tytler*, Amsterdam 1989, p. 201.

²⁹ Cf. J. Marouzeau, *La traduction du latin*, 5ª ed., París, 1983, p. 64.

¿sólo lo menos importante? Además está la cuestión del ritmo, que ciertamente es uno de los elementos principales de la calidad estética de un poema. ¿Son trasladables los ritmos de la *poesía latina* en las versiones modernas, concretamente en castellano? Aparte de que, como afirma J. Holmes, «ninguna clase de verso de una lengua puede ser enteramente idéntica a otra clase de verso de otra lengua»³⁰, en el caso del verso latino su traslado a las lenguas románicas se dificulta aun más por cuanto, a pesar de su parentesco genético, son lenguas rítmicamente diversas: las lenguas románicas basan su ritmo en la distribución de los acentos, en el número de sílabas y en la rima, mientras que el latín clásico lo conseguía mediante la cantidad silábica.

Entonces al traducir *poesía* ¿debemos renunciar a un elemento tan esencial como el ritmo? ¿o será preferible tratar de reproducirlo de la forma mejor posible aun a costa de la fidelidad al sentido? Ha sido ésta una cuestión de siempre muy debatida. Y la opción preferida dependerá de a qué se dé más importancia en la obra poética, si al contenido, a las ideas o a las palabras y al ritmo. Porque es claro que la fidelidad al contenido es menos difícil de lograr si la traducción se hace en prosa (¿cuántas veces las producciones poéticas habrán traicionado el significado de las palabras latinas con el único fin de que el término elegido rime con el término correspondiente y para que no rompa el ritmo?). En opinión de J. Marouzeau³¹ es mejor olvidar la pretensión de las traducciones poéticas porque al traducir *poesía* en verso solo se consigue escribir versos que no son *poesía*, a pesar de los múltiples arreglos como omisiones, transposiciones y demás violencias a que se somete el texto latino. En cambio, al librarse de limitaciones formales como la medida de las sílabas y la rima, el traductor puede no perder otros elementos de la *poesía* como la armonía y la cualidad de las palabras. Incluso un poeta como Goethe por razones de este mismo tipo defendió las traducciones de *poesía* en prosa³².

³⁰ Cf. J. Holmes, «Forms of verse translation and the translation of verse form», en J. Holmes (ed.), *The nature of translation*, The Hague-París 1970, p. 95.

³¹ Cf. J. Marouzeau, *op.cit.*, p. 72. En sentido parecido se expresa C. García Gual, en la introducción a su *Antología de la poesía lírica griega*, Madrid 1983.

³² En su *Dichtung und Wahrheit*. Cf. F.M. Rener, *Interpretatio...*, pp. 210-211 y Fr. Schleiermacher en su ensayo *Sobre los diferentes modos de traducir*, cf. n. 23.

Pero, si lo que se juzga más importante en poesía y a lo que más se quiere ser fiel, dentro de lo que cabe, es a la forma y al ritmo, es evidente que la traducción debe hacerse en verso. Es, pues, natural que muchos hayan defendido que el verso ha de ser traducido en verso. Entre los antiguos ya San Jerónimo dice en su carta 70 (*Ad Magnum*) que *Homerus eadem lingua versus in prosa vix cohaereat*. Y en la atrás citada carta *Ad Pammachium. De optimo genere interpretandi: quodsi cui non videtur linguae gratiam interpretatione mutari, Homerum ad verbum exprimat in Latinum, plus aliquid dicam, eundem in sua lingua prosae verbis interpretetur: videbit ordinem ridiculum et poetam eloquentissimum vix loquentem*³³.

Y de entre los modernos solo queremos recordar los nombres de P. Valery, quien en sus *Variations sur les Bucoliques* escribe: «c'est que le plus beaux vers du monde sont insignifiants, insensés, une fois rompu leur mouvement harmonique»³⁴, y al gran traductor de Virgilio, en verso, al castellano, Espinosa Pólit, el cual opinaba que «Virgilio sin ritmo de verso es un Virgilio muerto»³⁵.

Digamos finalmente que una especie de solución intermedia, de bastante aceptación en la actualidad, es la que representa el uso del versículo y del verso libre, algo que se encuentra a medio camino entre la traducción en prosa y aquellas traducciones que recogen los metros clásicos (con la necesaria sustitución de sílabas breves por átonas y de largas por tónicas)³⁶.

³³ Cf. G.J.M. Bartelink, *Hieronymus, Liber de optimo genere interpretandi*, (epistula 57), Lugduni Batavorum 1980, pp. 14 y 62.

³⁴ Cf. P. Valery, *Traduction en vers de Bucoliques de Virgile, précède de Variations sur les Bucoliques*, París 1956, p. 53. Y el filólogo J. Perret se extiende en la defensa de las traducciones en verso. Cf. J. Perret, *Virgile*, Bourges 1959 (pp. 163-176: «L'art de traduire les poètes»).

³⁵ Sobre este gran traductor de los clásicos al español, cf. V. García Yebra, «Aurelio Espinosa Pólit, traductor de poetas clásicos», *Arbor* LII, 1962, pp. 16-42, ahora en V. García Yebra, *En torno a la traducción...*, p. 165-193. En la misma línea de defensa de la traducción de la poesía en verso se halla A. García Calvo. Cf. A. García Calvo, *Poesía antigua*, Madrid 1987.

³⁶ Una rápida pero interesante ojeada sobre la historia reciente de la traducción de la poesía clásica en castellano puede verse en F. Moya, «Traducciones de obras poéticas clásicas», *Actas del III Congreso español de Estudios Clásicos*, t.2, Madrid, 1968, pp. 38-48. Y para los distintos modos en que se ha intentado adaptar el hexámetro en la lengua castellana, véase el documentado trabajo de F. Pejenaute, «La adaptación de los metros clásicos en castellano», *Estudios Clásicos*, XV (1971), pp. 213-234.

Menos dificultades ofrece la traducción de los **textos científicos**. En las obras científicas predomina el contenido racional y objetivo frente a los, atrás mencionados, subjetivismos y a veces ambigüedad de la producción literaria en sentido estricto. Precisamente por ese contenido y por su finalidad es lógico que el lenguaje de las obras científicas y técnicas aspire a ser unívoco y claro y tienda más a la denotación que a la connotación. Y por esta misma razón las traducciones de las obras científicas de la Antigüedad envejecen menos y duran más. Con todo estas afirmaciones generales necesitan algunas precisiones. Una de ellas es que los autores de obras clásicas de contenido técnico también aspiran a conseguir, al menos en muchos casos (v. gr., Celso, el *Cicero medicorum*), un texto literariamente aceptable. Otra precisión se refiere a la necesidad de evitar los anacronismos de pensamiento, atribuyendo a los autores antiguos conceptos que solo la ciencia de los últimos tiempos ha puesto en circulación. Y una constatación más: en la traducción de obras clásicas de algunos campos científicos o técnicos (medicina, botánica, etc.) el traductor tropieza con la escasez de medios lexicográficos, al ser los diccionarios generales muy genéricos en sus definiciones y faltar en ocasiones léxicos especializados.

Hemos estudiado o señalado los problemas que encierra la operación de traducir en general y la de traducir de los textos latinos en particular. En 1987, sin embargo, escribía E. Lavault: «pour tout étudiant qui a appris une ou deux langues étrangères dans un lycée français, la traduction est d'abord synonyme de version et de thème: une suite des mots à traduire en palliant son ignorance avec un dictionnaire et un minimum d'intuition pour imaginer un contexte faisant inmanquablement défaut. La traduction pédagogique, c'était cela un exercice hérité de l'enseignement des langues mortes, principalement du latin»³⁷. A pesar de la exageración evidente que supone una afirmación tan general (ni el método de traducción en la clase de latín sería siempre así ni, aun cuando lo fuera, ello podría constituir la única causa del desacertado proceder en la clase de lenguas extranjeras) a E. Lavault no le falta parte de razón. Ciertamente

³⁷ E. Lavault, «Traduction pédagogique ou pédagogie de la traduction?», *Le français dans le monde*, août-septembre, 1987, p. 119.

puede que la rutina y un método poco consciente de las implicaciones teóricas mermen el fruto. Ahora bien, las cosas pueden verse bajo otro punto de vista: las lenguas extranjeras modernas, por concebirse sobre todo como medios de comunicación suplementarios, se adquieren con una pedagogía eminentemente oral, olvidando a veces la atención a equivalencias entre la lengua extranjera y la lengua materna. Por eso su enseñanza, si se hace de este modo, corre el peligro de desarrollar poco la destreza de la traducción literaria. En cambio la traducción sigue siendo el medio didáctico más fundamental en la pedagogía de las lenguas clásicas. Debemos por tanto esforzarnos en lograr que la traducción en la clase de latín, además de instrumento de aprendizaje de la lengua latina, se convierta en un ejercicio en sí mismo formativo, intelectualmente enriquecedor y capaz de hacer real esa virtualidad de formación en la traducción literaria. Y todo ello será más fácil de conseguir si, además de en la práctica, nos detenemos también en la reflexión teórica sobre los problemas de la traducción.